

XII

LO DESCONOCIDO

LO DESCONOCIDO

—¿Que no puedes creer que yo te quiera tanto, tanto?—decía Eduardo Cajigal á su novia Isabel Villaverde ocho días antes de casarse;—¿que no es posible que esté tan enamorado de ti como digo, porque tú no tienes nada particular?...

—Y es verdad—dijo con sencilla naturalidad Isabel.

—Bueno... eso es modestia tuya...—replicó Eduardo.—Si no tuvieras también esa virtud... no las tendrías todas.

—¡Ay! ¡Cómo estás esta noche!

—Lo mismo que siempre... Pero ¡decir que tú no tienes nada de particular!... Mira: tienes tanto, tanto, como que todo es particular en ti; como que yo no he visto nada parecido á ti en mi vida, ni espero verlo. Porque, en primer lugar, eres hermosísima...

—No seas loco.

—Sí, hermosísima; á mí me pareces hermosísima... y además, todos me lo dicen.

—Hombre, de cumplimiento, naturalmente... Los que te hablen de mí, sabiendo que te vas á casar conmigo, ¿te van á decir que soy fea?...

—No; pero bien se conoce cuándo se habla de cumplimiento y cuándo se habla de verdad. Para decirle á uno, por cortesía, que tiene buen gusto, no se necesita hablar con el fervor con que me dicen á mí que eres una mujer encantadora, que...

—Mira, si sigues así, me voy á mi cuarto, y tendrás que acercarte de mirón á la mesa del tresillo ó ir á tomar parte en la conversación de mi madre y las demás señoras mayores.

—Pero si es verdad, si te diré una cosa... Y eso que, por otro lado, no te la había de decir, no sea que vayas á enorgullecerte...

—Bueno; pues no me la digas... Mejor es que no me la digas, porque será alguna bobada regularmente.

—¡Gracias, amor mío! ¡Gracias por la franqueza!... Es decir, que de mí no se puede esperar otra cosa que...

—No, hombre, perdona; no he querido decir eso, sino que como esta noche estás empeñado en decirme bobadas...

—Bueno; pues verás lo que te iba á decir: que eres hermosísima...

—¿Otra vez?...

—Y que eso sólo, ese rostro escultural, animado por esa sonrisa trastornadora, es bastante para explicar que esté yo tan enamorado de ti como te digo y como lo estoy realmente. Pero te diré más: si te afearas, si te pusieras horrorosa, por ejemplo, si te dieran unas viruelas...

—¡Jesús, hombre!... ¡Mejor lo haga Dios!

—¡Claro que lo hará! No creas, no es más que un suponer. Pero si, lo que Dios no quiera nunca jamás, te dieran mañana unas viruelas y te dejaran pintada, ennegrecida, desfigurada, vamos, horrible, seguiría tan enamorado de ti como ahora, sólo porque continuaras mirándome con esos ojos tan hermosos, tan enloquecedores y tan dulces...

—No seas loco.

—Y más te diré todavía: si también te quedaras ciega...

—¡Ave María Purísima!... ¡No lo quiera Dios!

—No; ni yo lo quiero tampoco: es para pintarte lo que siento por ti... y el atractivo irresistible que para mí tienes por muchísimos conceptos... Si además de dejarte las viruelas desfigurada y horrorosa te dejaran ciega, todavía te querría lo mismo que antes y seguiría tan enamorado de ti por oírte hablar, y me casaría contigo porque regalara constantemente mis oídos el metal de tu voz,

de esa voz tan atractiva, tan cariñosa, tan simpática como no es posible que haya otra en el mundo...

—¡Qué exagerado eres!

—No, no exagero nada. Y todavía te diré más... Aun cuando también te quedarás muda...

—¡Virgen santa!

—Ya te he dicho que hablo solamente en el supuesto de que eso sucediera... Si te quedarás muda ó afónica, de suerte que no se te pudiera oír una palabra, continuaría perdidamente enamorado de ti, sólo por tu modo de andar, por esa gracia y esa elegante sencillez que no tiene nadie más que tú.

—No seas adulator, ya te lo he dicho.

—No te adulo: déjame que acabe. Si, por último, también llegaras á perder ese encanto irresistible; si te quedarás tullida...

—¡Dios mío!...

—No, no te asustes... ya sabes que no es más que suposición: si te quedarás tullida, sin poder andar, todavía seguiría igualmente enamorado de ti y me uniría á ti contentísimo en lazo indisoluble, por estar siempre cerca de esa alma pura y bendita y escogida de Dios; porque yo creo que no hay en el mundo una alma tan buena, tan dulce y tan santa como la tuya...

.....

Cuatro años hace que se casaron Eduardo ó Isabel.

En ese tiempo han tenido un niño y una niña, ambos muy hermosos.

Y, por supuesto, á Isabel no la han dado las viruelas, gracias á Dios, ni se ha quedado fea, ni desfigurada, ni ciega, ni muda, ni tullida, afortunadamente.

Está tan hermosa como antes de casarse, ó algo más si es posible; tiene la misma belleza escultural en su semblante, animado por la misma sonrisa; tiene los mismos ojos, con la misma dulzura en la mirada; tiene el mismo timbre de voz, agradabilísimo realmente; la misma esbeltez, la misma distinción, la misma gracia en el andar..., y en cuanto al alma, no es menester decir que también es la misma, con la misma dulzura, la misma sencillez, la misma modestia y todas las demás virtudes.

Pero su marido se ha acostumbrado á todos aquellos encantos, y ya no le llaman la atención como antes. Ni le trastorna aquella sonrisa, ni le enloquecen aquellos ojos, ni el metal de aquella voz le atrae, ni le hace la gracia que antes aquel modo de andar, ni estima ya como una felicidad el estar cerca de aquella alma escogida de Dios, puesto que pasa lejos de ella todo el tiempo que puede.

Eduardo es ingeniero de montes. Hijo de una familia noble y piadosa, fué educado

cristianamente y en su juventud se conservó sano.

Cuando salió de El Escorial, después de haber concluído sus estudios y de haber sido algunos años profesor de la Escuela, todavía era un buen muchacho. Pero después de casado y destinado al Ministerio, dió en ir al casino, contrajo allí ciertas amistades, y por aquello de que quien con lobos anda á aullar se enseña, fué perdiendo la afición á la vida de familia y el cariño á su mujer, de manera que en cualquier parte le gustaba estar más que en casa.

Todavía no se determinaba á decir á su mujer que se iba al casino, ni se atrevía á hacerla entender que se aburría á su lado; pero trataba de engañarla con pretextos.

La Junta de repoblación de montes debía de estar poco menos que en sesión permanente, porque á cualquier hora del día, y aun de la noche, tenía Eduardo que ir á tomar parte en sus tareas... Por las noches más comúnmente reclamaba su presencia el Círculo de Bellas Artes, donde había entrado hacía años como socio, porque era algo poeta, y donde ahora le habían hecho vocal de la Junta directiva.

La pobre Isabel conocía el desvío de su marido, y le lloraba á solas y pedía á Dios el remedio, porque en el mundo apenas tenía á quién volver los ojos. Su madre había muer-

to tranquila y feliz poco después de haberse ella casado. La quedaba su tío el conde de Carvajal (título que había de heredar Isabel); pero ¿qué le iba á contar ella á aquel santo varón que no pensaba ya más que en prepararse para la muerte? ¿Cómo iba ella á amargar con sus quejas los últimos días de aquel pobre anciano, que la quería muchísimo y que estaba en la creencia de que era muy dichosa?...

Para tener á quién contar sus cuitas quiso intimar con una hermana de Eduardo, mayor que él, casada hacía ya mucho tiempo, y á la cual hasta entonces apenas había tratado, porque Clara, que así se llamaba, había vivido fuera de Madrid. Era Clara mujer de buen corazón y muy discreta, de suerte que no tardó en llegar á conocer á fondo la sincera bondad de Isabel, y pronto se quisieron como las mejores hermanas.

Contaba Isabel á Clara los tristes indicios del extravío de Eduardo, y trataba Clara de consolar á Isabel, disuadiéndola de sus amargas sospechas.

—Estará de veras ocupado—la decía;— y por eso parará poco en casa, pues de otro modo no me lo explico... Porque él te quiere, conozco yo que te quiere, pues cuando le hablo de ti, ponderándote, me oye con mucha

atención y se anima y se conoce que lo agradece... Anteayer, que estuvo en casa un momento, le dije que había ido el día antes contigo á tiendas, y añadí, como que no hacía nada: «Me gusta mucho ir con Isabel, porque como es tan simpática y tiene ese agrado, nos sirven con más amabilidad en todas partes y con más esmero... Ayer, en cuanto entramos en casa de Escolar, tres ó cuatro dependientes dejaron lo que estaban haciendo para acudir á ponernos sillas y á ver qué deseábamos, como si el comercio fuera para nosotras solas». ¡Y si vieras con qué alegría y con qué gusto me escuchaba!

La pobre Isabel contestaba á estos optimismos de su cuñada comunicándola sus observaciones, no tan lisonjeras, ni con mucho, pero más aproximadas á la realidad, desgraciadamente.

Eduardo no pasaba todavía de ser un pecador *teórico*, digámoslo así. Pecaba ordinariamente de pensamiento, y á veces también de palabra, tomando parte en las conversaciones obscenas del Casino... Todas las mujeres que veía por la calle le parecían mejor que la suya, y se le iban los ojos tras de cualquier talle un poco airoso, ó tras de cualquier palmito medio agraciado. A veces no solamente los ojos, sino él mismo en persona se iba también tras de alguna repolisca del gremio costurero, y á media voz la decía cuatro

chicoleos; pero de ahí no pasaba... No era todavía lo que se llama un perdido, pero estaba en camino de perderse.

Llegó un día en que hubo de entrar en cuentas consigo mismo, y decidió seriamente mudar de vida. Pero... ¿ustedes creen que para mejorarla? Pues no; sino para empeorarla todo lo posible.

—«La verdad es —vino á decirse— que si yo me muriera ahora y me llevara el diablo, que sería lo más fácil, me llevaba de la manera más tonta del mundo... porque ¡cuidado que la vida que estoy haciendo es... mema de solemnidad! Esto no puede seguir así: hay que irse al vado ó á la puente. Ahora bien: ¿tengo aliento para subir el repecho y pasar el puente, separándome por completo de mis amigos actuales, que me quieren hacer un perdido como ellos?... Es decir: ¿tengo valor, tengo fuerza de voluntad para ser bueno del todo?... No..., creo que no... Decididamente, no tengo valor para tanto... Pues no pudiendo ser bueno del todo, ¿qué adelanto con serlo á medias? Nada, nada, de perdido al río; á ser malo y á divertirme como los demás...»

Tan extraña y desastrosa resolución no quiso Eduardo que se le apollara en proyecto, y decidió en seguida ponerla por obra.

Aquella misma noche había baile de máscaras en el Teatro Real, y allá fué Eduardo, empapado en el mal pensamiento de hacer lo que en el vocabulario de la mala gente se llama una conquista.

Pretextó, como otras veces, tener que asistir á Junta en el Círculo de Bellas Artes, y apenas concluyó de comer se marchó de casa, como quien dice con el bocado en la boca.

Y luego desde el Círculo se marchó al baile cuando le pareció ser ya la hora conveniente. Á poco de entrar en el teatro se encontró con un amigo, y tuvo que pararse á saludarle.

—¿Cómo va esa repoblación?—le dijo el amigo inmediatamente después del ordinario saludo.

—Mal—contestóle Eduardo.—¿Cómo quieres que vaya? El Ministro de Hacienda no quiere darnos dinero, y sin dinero nada puede hacerse... ¡Ah! y lo peor es que no solamente no nos da dinero para repoblar los montes destruídos por la mala administración, por la venalidad de guardas y capataces ladrones y por la codicia de los caciques, ladrones también, sino que además trata de vender ó de destruir los pocos que aún quedan poblados... Pero, entre paréntesis, ¡qué dos máscaras más monas esas de los pañuelos negros de Manila!... Lo que es la que le lleva bordado con flores encarnadas... ¡qué talle y qué andar y qué...!

—Sí, es una andaluza muy graciosa—le dijo el amigo.

—¡Ah! ¿la conoces?

—No; pero pasaron hace poco por junto á mí, que estaba distraído, y me dijo en andaluz cerrado: *Adió, zero*.

Eduardo se despidió de su amigo y se fué en seguimiento de las dos máscaras de los pañuelos negros de Manila.

Estas se habían salido del salón, y cuando estuvieron solas en un pasillo, la de las flores encarnadas dijo á su compañera:

—Qué tal manejo el andaluz?

—Admirablemente—la contestó la otra.

—¿No se me conocerá?

—¡Quiá! Nada. Á mí misma me pareces andaluza de veras.

—¡Mira tú que una andaluza de León!...

—Pues, hija, estás admirablemente.

En cuanto volvieron á entrar en la sala se las acercó Eduardo, que andaba desbautizado buscándolas por todas partes y renegando del amigo que con su intempestiva conversación le había hecho perderlas de vista.

Se puso al lado de la del mantón bordado de flores encarnadas y comenzó á decirle cosas al oído, sin acertar á separarse de ella en toda la noche.

—¡Qué hermosa eres, mascarita!—comen-

zó diciéndola, sin reparar que tenía la cara tapada.

—¡Caya!... ¿Cómo lo haz notao?—le contestaba ella.—¿Me haj echao loz rayoz equiz?

—No; pero se conoce que eres hermosa... me lo da el corazón... No puedes menos de ser muy hermosa y muy simpática, según eres de elegante y de graciosa en el andar y en el hablar, y... en fin, mascarita, te digo que eres mi ideal, y que en cuanto te he visto entrar en el salón ya no he podido mirar nada más que á ti, porque me has cautivado, me has robado el alma, y, sobre todo, desde que te he oído hablar me he enamorado de ti perdidamente...

—¡Juil!... ¡Qué apriza!... ¡Puez hijo!... Ezo é demaziao.

—No es más que la verdad. Créeme, mascarita..., te lo juro.

—Azí te creeré menoz... ¡Zi no é pozible!... Y aunque fuera... Zi te hubieraz enamorao azí tan de zopetón, ¿cuánto tardaríaz en orvidarme?

—Toda la vida, mascarita, y más larga que fuera, y aunque me durara un par de siglos no te olvidaría nunca, porque...

—Mira, déjame en pá zi quiere, no pierdaz er tiempo: no te creo ni una zola palabra...

—Pero ¿por qué, mascarita, por qué no has de creerme? Te aseguro, hermosa...

Y así anduvo toda la noche, junto á ella,

como cosido á pespunte, diciéndola lisonjas, repitiéndola juramentos de amor y haciéndola toda clase de ofrecimientos generosos, desde el inmediato y sencillo de pagarla la cena, hasta el remoto y grave de ponerla casa.

La máscara no aceptaba ninguno, ni aun el de la cena, porque había dado palabra á aquella amiga de no descubrirse, de no quitarse la careta en toda la noche, y no podía quitársela.

Por fin, después de mucho embromar al ingeniero de montes hasta volverle tarumba, se fueron las dos amigas, como distraídas, hacia el restaurant y entraron en un departamento reservado, con lo cual Eduardo vió los cielos abiertos.

Apenas se habían sentado acudió un camarero, que no reconociendo á Eduardo por parroquiano antiguo, no recordando haberle visto nunca, se le acercó muy alegre, con la esperanza de cobrarle una buena cuenta, por aquello de que «al ave de paso, cañazo».

—¿Quieren los señores la lista?—dijo presentándosela.

—Todavía no: ya avizaremo—contestó la máscara del pañuelo con flores.

Eduardo estaba como loco, rogando sin cesar á su mascarita que se descubriera el rostro y llamándola hermosa...

—¿Y zi luego rezultaze fea?—le dijo ella una vez.

—No, imposible; tú no puedes ser fea—replicaba Eduardo:—me da el corazón que no eres fea, sino guapísima... Pero ¿quieres que te diga la verdad?... Pues aunque fueras más fea que Picio, no dejaría de quererte siempre; porque me enamora en ti todo, especialmente ese timbre de voz atractivo y dulce, esa elegancia y esa distinción en el andar, y en fin, te juro, mascarita, que por llegar á poseerte daría gustoso toda mi fortuna y lo menos la mitad de mi vida...

—¡Tontol!... ¡Si me estás poseyendo tranquilamente hace cuatro años!—dijo con voz natural Isabel, quitándose la careta.

Asustado Eduardo como si hubiera caído á sus pies una bomba, cayó él de rodillas á los de su mujer, diciéndola:

—¡Perdóname, bien mío, perdóname!

Y cogiéndola las manos se las cubría de besos, repitiendo sin cesar:—¡Perdóname, perdóname!...

Isabel lloraba.

Al cabo de unos instantes reparó Eduardo en la presencia de la otra máscara, que permanecía tapada y silenciosa, y dijo á Isabel:

—¿Quién es esta señora?

—¿Quién he de ser, perdido, quién he de ser? Tu hermana—le dijo severamente Clara destapándose,—tu hermana, que ha venido á

ser testigo de tu maldad y de tu vergüenza...

—De n.ª vergüenza... dices bien—la contestó Eduardo.—De mi vergüenza, sí, de mi gran vergüenza, porque mayor no la he pasado ni la pienso pasar en mi vida... Perdóname tú también, hermana mía, perdóname... Confieso que he sido un villano, un loco, un infame; pero ya estoy arrepentido... Perdónadme las dos... Perdóname tú principalmente, Isabelina de mi alma—añadió volviendo á besar las manos á su mujer, que seguía llorando;—tú, que eres la principal ofendida, perdóname y no llores más... que seré bueno siempre... Perdóname, vida mía; perdóname... perdóname...